

de lo social que se aleja considerablemente de toda perspectiva dualista y de aquellas interpretaciones que —por respetar los límites entre las ciencias— terminan aislando fenómenos que en realidad están indisolublemente ligados entre sí. No podemos entonces menos que recomendar ampliamente la lectura de *La diversidad prohibida*...

LILIANA TAMAGNO

Bret Hinsch, *Passions of the Cut Sleeve: The Male Homosexual Tradition in China*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1990, 232 pp.

ESTE LIBRO QUE BRET HINSCH presenta a los lectores en general —y no solamente a los sinólogos— es un tanto inusual por varias razones. Antes que nada, constituye una extraordinaria combinación de prosa clara y ágil con erudición, lo que evita que resulte tedioso para los no especialistas. Además, expresa lo que quiere mediante un vocabulario preciso, sin términos rebuscados ni propios de alguna lengua estereotipada. Dado el tema del libro, la homosexualidad masculina —o, tal como se define en el texto, la “tradicón homosexual masculina” — era razonable pensar que lo publicara una editorial “marginal” —lo cual no necesariamente es signo de poco nivel o de falta de seriedad—, pero eso no sucede en el presente caso.

Esta investigación que reseñamos resultará polémica por varias razones, y no sólo por las reacciones prejuiciosas que podría despertar. Entre los diversos puntos polémicos de ella mencionaremos lo tajante de muchas de sus afirmaciones, debido a la interpretación que hace de fuentes insuficientemente sólidas o numerosas; el tono apologético que utiliza y, tal vez lo más sobresaliente, la forma en que el total del trabajo está conectado con la actualidad; es decir, en la situación de la homosexualidad en nuestros días en las “tres Chinas” (la República Popular, Taiwan y Hong Kong).

Un aspecto ineludible y que aquí se aborda en forma adecuada, es el relativo a las diferentes palabras que el chino emplea para denominar a los homosexuales. Dichas palabras inicialmente no se usan para definir o condenar una práctica sexual sino más bien para

referirse a una relación social a partir de lo que se le critica a los homosexuales en textos antiguos —como el mismo Robert H. Van Bulik señaló anteriormente de manera menos completa. No sería sino hasta los años que van desde 220 hasta 581 (Tres Reinos y Seis Dinastías) cuando empezaron a surgir términos más relacionados con el aspecto sexual —menos objetivos en términos de Hinsch (pp. 56 y ss.)

*Passions of the cut sleeve*. . . viene a confirmar lo arraigado y extenso del fenómeno del homosexualismo masculino en China imperial y enriquece un aspecto señalado por la mayoría de los autores que han tocado el tema: la gran tolerancia respecto de los homosexuales. Se cree que esa tolerancia era la pauta dominante en la sociedad —a pesar de ciertos periodos no favorables por intolerancia, por una reducción del papel del homosexual o porque era más importante la homosexualidad femenina.

A partir de dos objetivos generales: presentar sistemáticamente traducciones sobre las fuentes originales más importantes y suministrar un marco interpretativo para la comprensión del fenómeno estudiado, este trabajo se estructura en tres partes fundamentales, aparte de un interesante apéndice denominado “Lesbianism in Imperial China”.

En la introducción a la obra, se precisan las “herramientas teóricas” para utilizar en el *corpus* de la misma y de las que surge una tipología tentativa de las formas de homosexualidad: la transgeneracional, el transgénero, la estructura de clase y la igualitaria (pp. 5-14).

La segunda parte, de mayores dimensiones y de más importancia, constituye una investigación histórica abordada en forma cronológica. A fin de demostrar la existencia de una “tradición homosexual”, el autor se remonta aquí hasta la dinastía Zhou para explicar el origen de esa tradición, las condiciones que permitieron su desarrollo y las características que adquirió. De acuerdo con el análisis de Hinsch, los primeros homosexuales identificables en la historia fueron ciertos favoritos de la corte, lo que permite establecer un patrón de homosexualidad estructurado sobre la base de clases; esto duraría siglos, por lo menos de acuerdo con el modelo propuesto (p. 20).

De ser parte de la vida sexual de la corte con un apogeo en Han (206 a. C. a 220 d.C.), la homosexualidad salió de ese estrecho círculo para alcanzar una mayor extensión, llegando al menos hasta los literatos (p. 74). Bajo diferentes condiciones llegaría luego a existir fundamentalmente como prostitución, sobre todo a partir de Song

y como forma posiblemente dominante a fines de Qing. Según Hinsch, ésta sería una sistematización mayor de la homosexualidad estructurada sobre la base de clases (pp. 91-92).

La obra es un rastreo, hecho con ciertas dificultades, del desarrollo de la “tradición homosexual masculina”, la cual desaparecería debido a tres factores principales: la fuerza del neoconfucianismo, el cual se mostró hostil a ella; algunos conceptos de los manchúes, quienes establecieron leyes represivas que tuvieron antecedentes pero sin una aplicación regular y, lo que sería determinante, la aceptación de ideas de la moral occidental.

En la parte histórica encontramos algunas debilidades que quizás representen poco en el conjunto de tan excelente libro: sin embargo, mencionaremos al menos dos. Al explicar las dimensiones y la importancia que alcanzó la homosexualidad masculina durante la dinastía Han, Hinsch comete un desliz y una desproporción cuando le asigna una importancia histórica desmedida al hecho de que el emperador Ai no pudiera lograr que su favorito fuera nombrado su sucesor, luego de lo cual Wan Mang impuso a un soberano; gracias a ello “sin un oponente exitoso para enfrentar a Wan Mang, la dinastía Han occidental llegó a su fin” (p. 46). Sin negar la importancia que tenía la sucesión en la China antigua, lo anterior constituye una explicación reduccionista y unidimensional.

Otra característica de *Passions of the Cut Sleeve*... es el uso cauteloso de las fuentes y las conclusiones medidas y apoyadas en documentos. En varias ocasiones el lector podrá encontrar advertencias sobre problemas relativos a la falta de indicios arqueológicos, las dificultades hermenéuticas, las perspectivas sesgadas y el hecho de que una pequeña élite controlaba la literatura, por lo que los intereses políticos determinaban lo que se escribía (p. 16). No obstante, hay ocasiones en que se deja de lado la ecuanimidad, por ejemplo, al pretender demostrar la “mecánica de la conducta bisexual” a partir de *dos anécdotas*. Además, previamente se señala que los escritores narraban solamente lo extraordinario, pese a ello Hinsch toma en momentos lo “extraordinario” como regla (pp. 42 y 49).

Temáticamente el libro se encuentra dentro de límites muy precisos, lo cual impide abordar con amplitud temas relacionados con el eje del libro o darle el peso adecuado a otros elementos de la vida sexual. Sin embargo, a veces se le da una mayor relevancia a los alcances y ventajas de la homosexualidad respecto de la heterosexualidad (p. 51) sin brindar pruebas de peso, aun cuando se señala que es difícil medir la difusión de las prácticas homosexuales.

Considero que esas supuestas ventajas era posible lograrlas “dentro del marco general de la sociedad” a través de otros medios; por ejemplo, la falta de satisfacción sexual en el matrimonio —producto de costumbres sociales “represivas” al menos no tolerantes en algunos aspectos— se podría solucionar con relativa facilidad, las únicas limitantes eran el dinero y la posición social lo mismo para los hombres que para las mujeres, y lo anterior es válido para cualquier otro tipo de solaz psicofisiológico. Lo más difícil de superar sería el embarazo, donde queda clara la ventaja. Independientemente de las preferencias personales, buscar compañía sexual o amor fuera de los canales convencionales era una costumbre extendida, dado que el matrimonio era un arreglo político-económico.

En *Passions of the . . .* se constata la ausencia de un concepto que explica qué es la tradición en términos abstractos y luego en función de lo estudiado. Esta ausencia, que se observa en la mayor parte de la literatura occidental sobre China, es particularmente notoria en un libro donde se parte de “herramientas teóricas” y donde precisamente se quiere demostrar la existencia de cierta tradición. Aparece un esbozo pero completamente insuficiente (p. 3).

Tal ausencia quizá pueda explicarse porque lo antiguo de la cultura de China y su continuidad hacen que el concepto de tradición se encuentre sobrentendido y que al utilizarlo se tenga en mente una definición tan laxa que prácticamente puede servir para cualquier tema, época y país.

Considero que había que llenar el “hueco” sin importar la razón de su existencia. En la medida en que Hinseh no pone en discusión una propuesta de concepto, me limitaré a plantear el problema haciendo algunas preguntas: ¿Es posible estudiar cualquier aspecto de la gran riqueza cultural china en bloque? Generalidades aparte, ¿es adecuado considerar como una tradición cualquier fenómeno social, no obstante los profundos y radicales cambios que sufra, dándole el mismo tratamiento que, por ejemplo, al confucianismo o al estudio de la burocracia? Sin apoyarse con definiciones simplistas, ¿el intento por satisfacer una necesidad, creada socialmente o no, cuya *forma* permanece inalterable durante siglos, nos permite afirmar que tenemos ante nosotros una tradición, sin tomar en cuenta el tiempo y el espacio en que se presenta?

La tercera parte del libro, el epílogo es, desde mi punto de vista, una cierta apología de la “tradición” estudiada y, de manera global, de la sociedad antigua, así como de algunos de sus elementos distintivos.

Partiendo de que la tradición terminó con la historia imperial

—la cual fue olvidada y es desconocida actualmente— se plantean dos problemas centrales: 1) la influencia negativa occidental, al asimilarse en China ciertos conocimientos científicos que posteriormente no se actualizaron; 2) la intolerancia respecto a la homosexualidad reinante en las “tres Chinas”, con antecedentes antes del final de la dinastía Qing.

Son evidentes, insisto, la claridad y apertura con las que Hinsch hace sus planteamientos; asimismo, es completamente acertado plantear la necesidad de un “resurgimiento” de la tolerancia y de que exista la posibilidad de elegir personalmente la manera de conducir la vida sexual. Es en este punto donde reaparecen los problemas.

Proporcionar placer a gente con posibilidades, materiales o políticas, con vistas a obtener presuntas mejoras, es en todo caso un ejemplo de una tolerancia bastante relativa y cuyos beneficiarios se encuentran principalmente de un lado. Asimismo, ¿qué tradición o qué parte de la tradición se ensalza: la que es un medio muy limitado para la movilidad social, que seguramente no era amplia y sobre lo cual el texto no aporta demasiada información o, por el contrario, la que se realiza por dificultades económicas, “monetaristas”, la prostitución? Salvo excepciones, lo obtenido por la parte pasiva en una relación homosexual era más bien poco.

Uno de los argumentos de mayor peso (utilizado en la parte final del texto) para explicar el desconocimiento de la llamada “tradición homosexual” es el relativo a las reformas de la lengua. El giro hacia el uso del *baihua* habría hecho que los chinos perdieran el elemento sustentador de sus nexos con su pasado cultural. Como la mayoría de los jóvenes es incapaz de leer chino clásico, la herencia de la tradición se ha perdido por la simplificación de los caracteres. Lo mismo que lo que aparece en *1984* de Orwell, Hinsch señala el poder que le confieren a un régimen autoritario los cambios en la lengua, pues los funcionarios escogen qué se imprime con los nuevos caracteres, llegando incluso a mutilar obras clásicas (páginas 168-169).

Habría que distinguir por lo menos dos niveles respecto de la cuestión del lenguaje. Primero, en el aspecto político el resumen es una frase trillada: la historia la escriben los vencedores. Tal como señala el libro reseñado, una pequeña élite controlaba la literatura, por lo que los intereses políticos determinaban lo que se escribía y la literatura temprana la escribían los ricos para los ricos —lo cual no es completamente exacto en toda la historia (pp. 16 y 98). ¿De dónde surgen la sorpresa y el desencanto por ese uso del lenguaje?

No pretendo justificar las actitudes gubernamentales contemporáneas, pero no comprendo por qué algo que, al menos implícitamente, se alaba de la antigüedad, cuando se observa en la época actual se desaprueba unilateralmente, esgrimiendo como arma argumentos morales y utilizando como escudo un pasado presuntamente glorioso y mejor que el presente —que incluso sería preferible al futuro el cual, aunque incierto, es mucho más concreto que el paraíso perdido.

Las reformas del presente siglo no fueron las únicas en la historia china y cuando se presentaron no originaron la desaparición de la herencia cultural. Las dinastías Qin y Han se destacan por los cambios realizados mientras que las dinastías Ming y Qing sobresalen por su conservadurismo respecto de la escritura. Obviamente, para que una reforma del lenguaje escrito tenga éxito y sea a escala de todo el país debe contar con la anuencia del aparato estatal, pero es preciso destacar que tales cambios han sido una necesidad imperiosa. Independientemente de la voluntad gubernamental, el lenguaje como elemento dinámico va sufriendo transformaciones con el correr del tiempo; de hecho, muchas de las formas simplificadas, además de las que se retoman de las formas cursivas, son caracteres que ya estaban en uso en la vida cotidiana y luego de un lapso considerable recibieron sanción oficial. No se trata de un invento sino de parte de un proceso social, un asunto que es preciso resolver tarde o temprano. En ese sentido, el chino no debe permanecer fosilizado, pero mucho menos debe ser transformado en una panacea. En el proceso histórico, por otra parte, generalmente no hay estancamiento, aunque existan fuerzas sociales que empujen hacia esa vía. Tampoco se trata de la concepción staliniana de que la humanidad se encamina hacia una lengua universal.

Finalmente, la reforma se justifica en gran medida por las dificultades para que la mayoría tenga acceso a la tradición cultural, problema endémico en China. Efectivamente, muchos no sólo no tienen acceso a las grandes obras de la literatura, mutiladas o no, sino que tampoco lo tienen a un ejemplar del *Renmin Ribao*. Pero, ¿cómo era antes? Citemos por última vez a Hinsch: “la persona promedio carecía del *lujo* [cursivas del autor] de una educación literaria. Como en la mayoría de las sociedades, una capacidad completa para leer y escribir estaba generalmente limitada a aquellos con dinero y tiempo libre” (p. 98). El problema no es nuevo, ni el responsable —al menos en lo que respecta al pasado anterior a 1949— es el régimen actual; asimismo, para defender una tradición y evitar que el gobierno mutile la literatura china, la gente tiene que apren-

der primero a leer, lo cual era más que difícil en la antigüedad. De hecho, al menos por la reciente experiencia, el sistema actual ha mostrado mayor eficacia que el anterior en cuanto al número de gente con acceso a la lectura y a la escritura, pese a su reticencia ocasional a aceptar simplificaciones de uso corriente que no son creaciones de “funcionarios autorizados”.

FRANCISCO HARO

R.G. Henricks, *The Poetry of Han-shan*, State University of New York Press, 1990, pp. v + 486.

Red Pine, *The Collected Songs of Cold Mountain*, Copper Canyon Press, 1983. No paginado.

EL PROFESOR W.T. DE BARY (en: B. Watson [comp.], *Cold Mountain*, Columbia University Press, 1970, p. 5), dice en relación con los poemas de Han-shan

que éstos son producto de la edad de oro de la poesía china y también del ascenso del budismo Ch'an (Zen) de la dinastía T'ang. Además de tener una influencia amplia sobre la literatura religiosa posterior en China y Japón, han sido considerados entre los clásicos de la poesía china en general.

A su vez, el profesor E.H. Schafer observa (en: Wu-chi Liu e Irving Yuchenglo [comps.], *Sunflower Splendor*, Anchor Books, 1975, p. 549) que:

Han Shan quiere decir “Monte Frío”. Es el nombre de un lugar, pero también es el nombre de una persona. Poco se sabe a ciencia cierta del hombre que hizo del monte su refugio, el símbolo de sus aspiraciones espirituales y su propio seudónimo. Vivió posiblemente durante el período temprano de la dinastía T'ang. Es probable que fuera un campesino que solía dejar a su familia de vez en cuando para emprender peregrinajes oscuros a santuarios budistas o hacia el yermo. En sus poemas a veces delira sobre la vanidad de poder, de la gloria, de la riqueza y de la belleza femenina —todo eso era para él mera suciedad. Pero también podía escribir afectuosamente sobre los picos brumosos y el